

VIVENCIA



CUANDO VI POR PRIMERA VEZ SUS OJOS CHINITOS



Por Guisell Cárdenas Ugaz
Directora del Colegio Diferencial ANDARES
guisellcardenasugaz@yahoo.es

Recibí una llamada, era de esas que casi nunca esperas. Yo respondí como siempre, amable pero sorprendida. Del otro lado me dijeron: ¿mañana puedes venir?, necesitamos conversar. Cuando escuché eso, supe inmediatamente que algo no andaba bien.

Llegué al día siguiente, conversamos mucho y de todo, reímos acordándonos de anécdotas juntas, chismeamos un poco de gente que conocíamos, y de las que no conocíamos también. Total, estábamos en confianza, y lo único que podría pasar, es que una de las dos cuente lo que se había dicho esa tarde ahí. Eso no pasaría.

Cuando ya había borrado de mi mente que la llamada sería por algo no muy bueno, después de tanto reír, tomarnos un chicha morada o limonada, no lo recuerdo bien. Ella me dijo: - podemos subir quiero que conozcas al bebé. Mi corazón empezó a latir fuertemente, volvieron los pensamientos negativos, sabía que algo le preocupaba, pero no encontraba en mi revuelto cerebro que podría ser.

Entramos al cuarto, estaba a media luz, en la cuna dormía plácidamente un bebé hermoso, blanco muy blanco como el algodón, pero al mismo tiempo con un rostro enrojecido, sus cabellos eran rubios y no tenía muchos. No recuerdo bien, pero creo que tenía puesto un ropón amarillo. Lo quedé mirando con ganas de apapacharlo, supe de inmediato que era un bebé con Síndrome Down.

Cuando voltee para ver a la mamá, que se encontraba justo detrás de mí, nuestras miradas quedaron sostenidas durante unos minutos, las lágrimas de ambas corrían por nuestras mejillas, ninguna pronunciaba una palabra, la abraza y caminamos un poco, alejándonos de la cuna. Resbalamos por la pared, mientras ella me decía: - ¿qué voy a hacer ahora?, ¿qué vamos hacer?, ¿qué futuro tiene?, - Dime Guiche, ¿por dónde empiezo?, ... todas estas preguntas eran hechas con lágrimas que no cesaban, debo decir que las mías tampoco. Parecía que sus preguntas nunca iban a parar.

Luego de un largo silencio y ella más calmada, empecé a decirle que efectivamente el bebé tenía Síndrome Down, ella me lo había preguntado cuando lo vi en la cuna, comencé diciéndole que no era la desgracia del mundo, que trabajo había para rato, pero que todo se lograba con perseverancia, amor, reglas, al igual que con sus otros hijos.

Pedir ayuda no es malo, necesitan fortalecerse como familia y saber que no están solos. Le agradecí por haberme llamado y por estar sentadas conversando. Le agradecí por la confianza, insistí en que me preguntara todo lo que quisiera. Ella lo tomó en serio. Yo estaba feliz de poder responderle aquello que estaba a mi alcance. Luego vinieron preguntas que tienen que ver con marcar una ruta, por dónde empezamos, a dónde vamos, a que colegio irá. Supongo que todas esas inquietudes saltan a nuestras mentes cuando nos enfrentamos a aquello que desconocemos. Es natural.

Mis respuestas fueron siempre alentadoras, de apoyo total en lo que necesitasen, lo que requieran, las veces que lo necesiten yo estaría ahí. No tenía todas las respuestas, hace trece años las cosas eran diferentes, los prejuicios estaban mucho más marcados, el que tenía que curarse era el niño, etc. Aunque yo pensase diferente, la familia estaría rodeada de estas etiquetas por todos lados.

Luego de un largo rato de conversa, salimos del cuarto, estábamos en la sala nuevamente y ella me dijo algo que quedó grabado en mi memoria, como algo aleccionador, rápidamente pensado, largamente conversado con su familia como algo natural, inteligentemente decidido. Sabes me dijo, él se iba a llamar Braulio, es un nombre que a su papá y a mí nos gusta mucho, pero hemos decido ponerle Mateo.

Eso fue suficiente para mí, para darme cuenta que me encontraba frente a una madre desconsolada, pero no desorientada, que lo que necesitaba era conversar, preguntar, enterarse. Le agradezco hasta hoy por haberme elegido, tal vez no fui la primera con la que conversó, pero me gusta pensar que fue así. Me di cuenta de que me encontraba frente a una familia empoderada, que podía pasarla no muy bien en esos momentos, pero que sabían que hacer, solo necesitaban ordenar sus ideas, pues te vienen muchas a la cabeza. Y es bueno expresarlo, escucharse, escuchar a otros.

Y ahí estaba Mateo, con sus hermosos ojos chinitos, con una sonrisa sincera, con un temperamento que lograba imponer su posición desde bebé. Ahora convertido en un hermoso niño, lleno de vida, con mucho por dar y mucho por aprender.

Y ahí está su familia, que nunca se rindió, que probó, aunque la marea estuviera en contra, que se involucró, que aún tiene mucho que decir, que hacer, que experimentar.

Y aquí estoy yo, escribiendo a las doce y ocho minutos de la noche del treinta de septiembre del 2020, sobre mí amiga, sobre su familia, revelando sin permiso sus secretos, sus intimidades. A la cuál le pregunto, si después de trece años podré volver a escribir. Esta vez, lo que Mateo nos tenga que contar.

Rendirse no es una palabra que quepa en esta historia...

Y rendirse es una palabra muy mundana para que se instale en una familia. La palabra correcta sería poder. Poder decidir con claridad, poder aventurarme a lo supuestamente desconocido, poder soltar lo que tenga que soltar y, sobre todo, poder dejar que el resto elija por sí mismo. Creo que eso es lo que más cuesta, darle a otra persona el poder de elección. Y a los hijos e hijas hay que dárselas, ahora o más tarde, dejarlos crecer, que construyan su proyecto de vida, que vuelen, que caigan y se levanten.

Cuando llega a casa un bebe con síndrome de Down, pensamos que la vida se la tendremos que armar los padres, como si fuera un rompecabezas. Y para nada es así, nuestro deber es acompañar, aconsejar, estar, como cualquiera de nuestros hijos e hijas, pero no decidir. No anulemos sus pensamientos, sus sentimientos, sus proyectos. Seamos parte de ellos, pero no seamos ellos.
